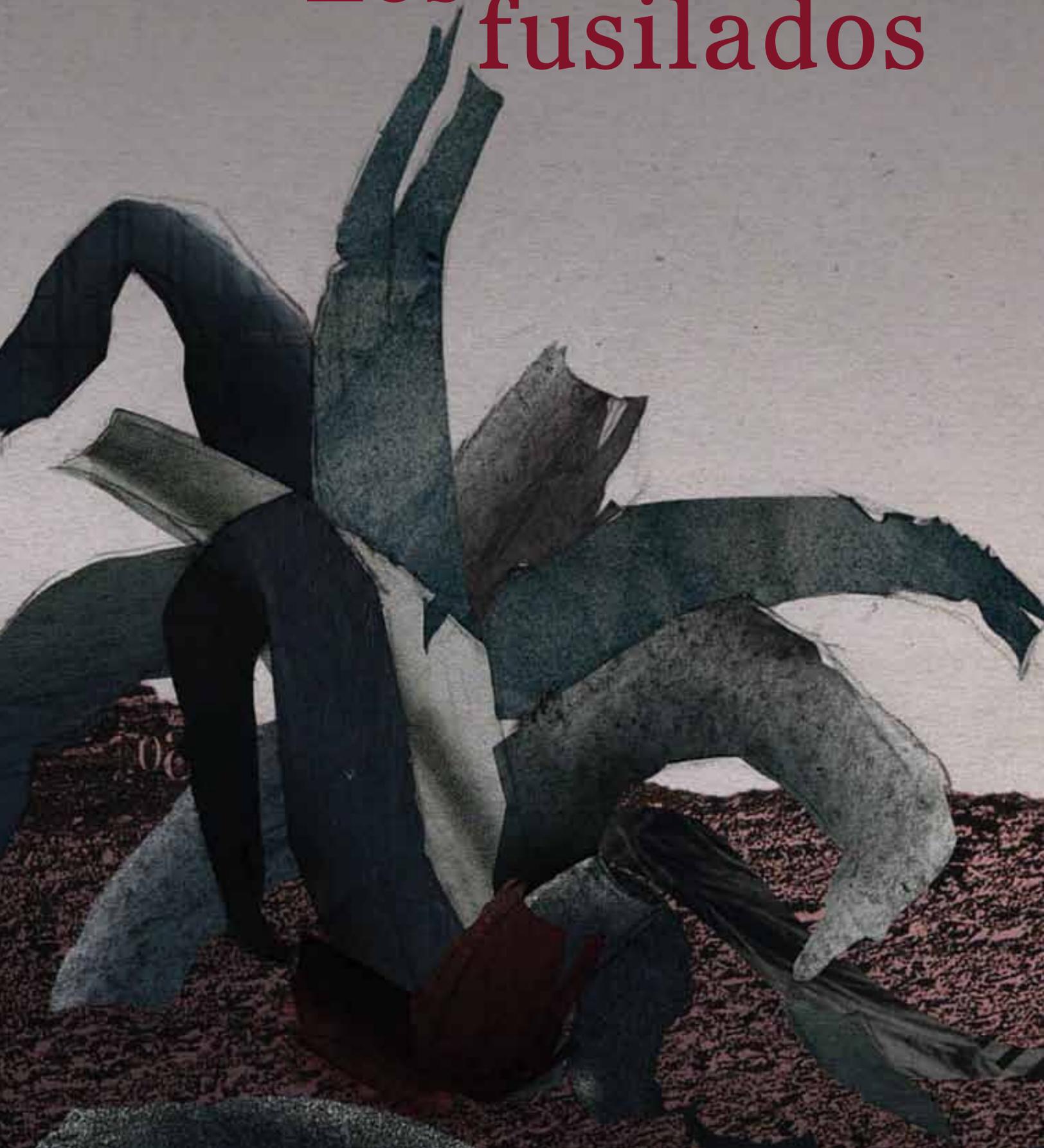


CIPRIANO CAMPOS ALATORRE

Los fusilados



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

Los fusilados

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna

Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 8869612102922374232



Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

- I. ¡Qué descansar ni qué ojo de hacha! 5
-
- II. Por fin, quiso Dios que amaneciera. 25
-
- II. Desde la áspera cresta de una loma... 33
-
- VI. Pálido, desquijarado, sudoroso. 53
-
- V. Qué triste, en verdad, es aguardar... 63
-
- VI. La orden del mayor Ordóñez... 71
-

¡Qué descansar ni qué ojo de hacha! Esos infelices nos darían alcance, y acabarían con nosotros!

—Yo estoy acostumbrado a las jornadas largas, y, sin embargo, siento que no puedo con mis huesos —respondió Evaristo Ramos.

Santiago Luna señaló sus pies desnudos, renegridos.

—Yo también voy no sé ni cómo. Hace un rato venía caminando dormido, a pesar de mis “pezuñas” desolladas...

Simón se contentó con bajar la cabeza. Descolorido y flaco, sus labios delgados se contraían de vez en cuando. Por la expresión de sus ojos pequeños y grises, se adivinaba luego una fatiga muy grande. A veces arrastraba los pies, y la culata del fusil iba dejando una huella serpenteante a lo largo del camino.

6 Al último venían las mujeres. Por dondequiera las mismas miradas de cansancio. Gestos de angustia petrificados en los rostros mugrosos y cetrinos. Algunas soldaderas traían carrilleras de parque sobre las espaldas casi desnudas, y otras dos, encinta, muy pálidas, caminaban trabajosamente, con las piernas abiertas, y deteniéndose a cada paso.

La mañana era gris y había nubarrones negruzcos y revueltos, como tizne embarrado a escobazos sobre el muro plomizo de una cocina. Sólo en oriente flameaban las nubes del celaje tintas en un bermellón sucio y cenizo. Pero como a eso de las doce, el cielo se despejó completamente, y el sol reverberó como nunca sobre el lomo trigueño de la tierra.

A las tres de la tarde, el regimiento hizo alto. Dos días con sus noches de marcha ininterrumpida, después de la última derrota, con una escasez casi absoluta de víveres, tenían a la tropa extenuada y de un humor negro.

Una de las mujeres había muerto de insolación, y otra acaba de dar a luz un niño.

—Esto es de veras insufrible.

—Decís muy bien, compañero. Son nuestras pobres viejas que nos andan siguiendo sin descanso, las que sufren sin deberla ni temerla. 7

Otras soldaderas, condolidas del suceso, habían juntado harapos. Entre ellos agitaba sus piernas flacas, con la piel rugosa y extrañamente amoratada, el recién nacido, cuyas manos y pies, absurdamente pequeños, parecían los miembros de un feto viviente. Pero la mujer se incorporó, tomó al niño en sus brazos, lo miró largamente y le dio el seno. Un seno marchito y amarillo como una vejiga desinflada.

—A descansar —clamó Evaristo.

—Sí, ya vimos bastante —repuso Santiago, tomando por el brazo a Simón. Este parecía preocupado y suspiró profundamente. Allá lejos se extendía la larga cadena de montañas con sus moles pelonas, ásperas y grisáceas, seme-

jantes a pieles roñosas de enormes cuadrúpedos echados.

8 En rededor se habían encendido fogatas y las mujeres calentaban la miserable provisión de tortillas duras.

—¡Agua, agua! —gritó un soldado agitando su sombrero encima de unos breñales.

Los quince o veinte hombres que acudieron volvieron desilusionados. Era un maldito charco de agua cenagosa y hedionda a orines de caballo.

—La enferma tiene fiebre y está pidiendo agua.

—No des guerra ya, vieja latosa —respondió un capitán de cara angulosa y enjuta—. Ustedes, cuando menos, la bebieron antes de salir del pueblo. Nosotros, ni eso. Apenas tuvimos tiempo de correr. Como que yo dejé una botella de legítimo Oaxaca... —agregó, suspirando, y como si ante sus ojos se esfumara una bella visión de ensueño.

En este momento su cara se mostró más angulosa aún. Las mejillas, ligeramente hundidas, parecían cortadas en planos simétricos,

triangulares, como los de una escultura de madera, trabajada así, a propósito.

—¿Y duraremos aquí mucho, mi capitán? —interrogó un soldado aproximándose. 9

—Nada más que el tiempo necesario para descansar. Esos malvados parece que llevan alas en los pies. Si tienes un cigarro, dámelo. A veces con eso se distrae la sed.

—Cómo no, mi capitán...

El soldado metió la mano al seno y sacó una caja de cigarros.

—Son de los finos, mi capitán. Cuando menos por un día no fumará cabellitos de elote envueltos en hojas de maíz.

El cielo comenzaba a nublarse de nuevo. Un aire fresco, ligeramente húmedo, soplaba sobre la inmensa llanura poblada de magueyes.

A las cinco la tropa recibió órdenes de marcha y la gente se puso en movimiento.

—En nombre de Dios, por su santa madre, no me vayan a dejar sola —gimió la mujer re-

cién parida, incorporando el cuerpo, y estirando entre la blusa, hecha jirones, sus brazos sucios y magros. La cara amojamada de ojos hundidos, desmesuradamente abiertos, tenía una expresión verdaderamente espantosa.

—¡Mi vieja, mi vieja! —exclamó un sargento en tono suplicante—. ¡Mi capitán!, ¿qué hago?... ¡Yo no puedo dejar a mi vieja!

El capitán Fragoso miró a la mujer con muestras visibles de impaciencia.

—No deberían traerlas así... por acá... A veces no sirven más que de estorbo. Trépala en mi caballo y date prisa. La estación no está muy lejos. Tal vez allá la podamos atender.

Un descamisado ayudó a cumplir la orden. El cuerpo no pesaba mucho. La mujer se quejaba débilmente y fuera de la falda asomaban sus piernas flacas y enjutas, cual dos tiras de cecina.

La oscuridad del cielo era cada vez más densa, y unas nubes pesadas, blancuzcas, iban rodando sobre la cresta de la sierra.

Diez o quince minutos más, y se desató un aguacero torrencial.

—Nos mojaremos y reverdecemos —prorrumpió Simón de pronto, saliendo de su habitual ensimismamiento.

Aquel inesperado arranque de buen humor no dejó de sorprender a los demás.

—Pero la tierra está tan seca, que ni un charquito siquiera para remojar la lengua —repuso Evaristo—. A no ser que te chupes la camisa...

Santiago explicó que en la próxima estación del ferrocarril tendrían agua en abundancia.

—Hay un río que corre cerca —concluyó, quitándose el sombrero de labriego y sacudiéndolo. Allá podremos beber a reventar.

A la lívida luz de los relámpagos, la caravana de hombres y mujeres tenía un aspecto casi irreal y fantástico. Sobre el lodo chapoteaban groseros zapatones de vaqueta, pies agrietados y deformes, haciendo muecas horribles con sus

dedos torcidos y sangrantes; talones rugosos como la piel de paquidermo...

12 Calmada la lluvia el cielo comenzó a aclararse; pero no fue sino hasta muy entrada la noche, cuando aquel puñado de doscientos hombres llegó a inmediaciones del poblado.

La estación estaba completamente desierta. Ni alma viviente en los andenes. Sólo una locomotora de patio interrumpía el silencio con el jadeo acompasado de su bomba de aire.

—Oiga, mi coronel, la verdad... yo ya me muero de hambre...

—Lo mismo decimos nosotros. Todavía uno se puede aguantar como los hombres; pero las...

—¿Sabe usted, mi coronel —prorrumpió Evaristo mezclándose al grupo— que nosotros estamos hasta el copete de todo esto? Nueve años consecutivos de lucha por el agrarismo... Tierras por aquí y tierras por allá. Y al final del cuento no adquirimos más tierra que en la que nos caemos muertos.

—Hablas como un libro, comentó Santiago Luna, rascándose.

El coronel se puso pensativo.

Vestido a la usanza de los labriegos sureños, su alta figura sobresalía de entre el grupo compacto de soldados. Bajo la fina nariz de pico de águila, caían los bigotes desaliñados, lacios, cuyo color tordillo se hubiera podido notar a la difusa claridad de la noche. 13

—No hay más remedio que aguantar, muchachos. Ya nos metimos... y no vamos a hacernos para atrás...

—Seguramente que no.

—Nomás eso faltaba.

—¡Claro!, lo que es ahora prende o se seca.

—Y ya que viene al caso, ¿saben ustedes los días que tengo yo de no probar bocado?

El silencio que se hizo fue tan profundo, que se alcanzaron a oír los ronquidos de un soldado dormido en la sala de espera.

Hubo cuchicheos apenas perceptibles:

—¡Diantre de Mónico!, nomás se acuesta y ronca que da gusto.

14 —Cállese, vale, no vaya a ganarse “un frijol” del coronel.

Luego surgió la voz de Magaña, lenta, grave; pero al mismo tiempo hueca y cavernosa, como salida del fondo de una noria.

—¡Tres días! ¡Maldita la necesidad que tenía de decírselos! Medio queso podrido que logré conseguirme en un rancho, se lo di a la mujer enferma... y no me quejo.

—¡Mi coronel, mi coronel!

Abriéndose paso con los codos, llegó el sargento, marido de la soldadera parturienta.

—¿Qué te pasa, muchacho?...

—Mi coronel, yo... yo...

—¿Tú qué?...

—Venía a decirle que mi... mi mujer... pues se... se...

—Se murió, concluyó Magaña, brutalmen-

te. Bueno, hijo, son cosas de “la bola”. Vélenla y mañana la entierran.

—Pero es que mi hijo... es decir, yo iba entre la gente de adelante... No me di cuenta... No lo encuentro... 15

—¿Si?

—Yo vi cómo se cayó del caballo cuando arreciaba la tormenta —interrumpió un soldado pequeñín, semidesnudo y con mal del pinto—. La señora iba tan mala que ni cuenta se dio. Quise cogerlo y traérmelo; pero el pobre estaba helado. Lo menos tenía dos horas de muerto, y preferí dejarlo en el camino...

—Hiciste bien... Qué más podíamos hacer.

—Son cosas de “la bola”, interrumpió entre burlón y serio Evaristo Ramos.

—Y ahora, a descansar. Sólo espero que regresen dos hombres que mandé al pueblo. Hay que ser precavidos. Mañana tal vez podremos entrar, y sea como sea, qué comer no ha de faltarnos...

La cara del coronel Magaña se contrajo:

—¿Y esa máquina?...—interrogó señalando la locomotora de patio.

—Está sola —repuso el capitán Fragoso—. Es seguro que el maquinista nos sacó la delantera y corrió a tiempo...

—Ya lo saben, pues, muchachos. Mañana a estar prevenidos. ¡Pásenla bien todos!...

—Buenas noches, jefe.

Algo más alentados los soldados, se comenzaron a retirar en desbandada.

—Oye, Evaristo —clamó Simón, echando el brazo a su compañero. Yo no he podido entender eso del “agrarismo”, por más que lo estoy oyendo a cada instante.

Simón Gutiérrez era del estado de Tlaxcala, y hacía unos cuantos días se había filiado a las fuerzas zapatistas.

—¿Qué oficio tenías allá en tu tierra, hermano?

—Trabajaba en una fábrica de hilados y tejidos.

—Con razón estás en ayunas de todo... Ponme mucho cuidado y te lo explicaré...

A continuación comenzó Evaristo a hacer una larga y embrollada disertación sobre el fraccionamiento y reparto de ejidos.

Al final, Simón quedó asombrado.

—Algo entendí de eso... Pero, ¿de modo que hasta los más pobres tendrán su terreno que sembrar?

—Exactamente.

—¿Y enteramente suyo?

—Así como lo estás oyendo.

—Pues mira, si he de hablarte con franqueza, yo nomás me di de alta porque en la revuelta cerraron las fábricas, y no había una tortilla que comer. Primero pasaron los carrancistas y estuve a punto de partir con ellos, pero me sentí algo enfermo... Cuando los fui a buscar se habían marchado. Rodando vine a dar con ustedes. Yo pensaba que de morir de hambre a morir de un balazo, era preferible lo último, ¿qué

te parece? Pero ya veo que aquí se pelea por algo...

—¿No tienes hijos ni mujer?

18

Solamente mujer. Es decir, la tenía, porque ella acabó por enfadarse y dejarme... ¡Un cuento triste! —añadió Simón, muy pensativo.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Martina. Es alta, fuerte..., con unos brazos así... Cada vez que peleábamos yo salía perdiendo. Todo por un maldito fogonero que corría en el tren México-Puebla, y me hizo la vida desgraciada...

—Debiste pensarlo antes de enredarte. Eso no a todos les sucede...

—¡Fíjate, llegué a sorprenderlos en mi misma casa, una vez que regresaba temprano de la fábrica! El muy... tuvo tiempo de escaparse. Martina se puso hecha una furia. Peleamos, y como siempre, me ganó. Un palo en la cabeza, y cuando volví “a mis cinco sentidos”, los vecinos me dijeron que se había ido... Al poco tiempo

se cerró la fábrica; todos quedamos en la calle. Y, ¿pasas a creerlo? Martina volvió dizque muy arrepentida. Parece que todavía la estoy viendo de rodillas, pidiéndome perdón y llorando como si de veras...

19

—Así son todas, interrumpió Evaristo con convicción.

—Yo tengo el corazón sensible, hermano. Me veo y ni yo mismo entiendo mi genio... Soy muy raro. La perdoné y vivimos en paz algunos días. Pero luego comencé a fijarme que salía todas las tardes a visitar a una tal doña Remedios, y que al anochecer regresaba muy pintada y compuesta. “Y ésta qué tendrá, y ésta qué tendrá”... Yo me hacía cruces. Se me acabaron los pocos centavos que tenía ahorrados, y de repente... ¡que mi mujer desaparece!

—¿Otra vez el ferrocarrilero?

—No. Al cabo de una semana la encontré en la calle, ¿y sabes tú lo que dijo? ¡ah!, se me había olvidado decirte que traía una falda así...

de corta); pues que no quería morir de hambre, que se había ido a una casa donde comería bien y vestiría mejor.

20 —¿Se fue a servir de...?

—Eso mismo. Creo que de tanto sufrir ya ni sentí. “Todo se paga en la vida”, pensé... Pero vinieron unos días terribles para mí. Hambreado y con lo que acababa de pasarme... “Me doy de alta, ni remedio”. Y aquí estoy.

—¿Y no has vuelto a tener noticias de ella?

—Sí, por casualidad. Hace poco un compañero de trabajo me dijo que la había visto en Apizaco, en una casa de esas...

Evaristo soltó la risotada:

—Alégrate, mi cuate. ¡A dónde ibas a dar con semejante cataplasma!

Pero en seguida se tornó sombrío:

—¡Hum... quién sabe!... Mi mujer y mi chamacoco... Hace como dos años que no he podido verlos...

■ ■ ■ ■

La oscuridad era fría, espesa, húmeda. En torno el ronco croar de las ranas y el silbido monótono, agudo de los grillos. El tinaco del agua alzaba su masa negra, como una tetera gigantesca.

21

Simón pensó en su vida pasada... Se vio de pronto en la fábrica, pegado a su telar y trabajando sin descanso. Luego, por su imaginación, desfiló un ejército de obreros. Todos llevaban trajes idénticos: blusa blanca y calzón blanco. Resaltaba en contraste con las ropas el tono cobrizo-oscuro de sus caras, sus manos y sus pies. Caminaban encorvados al peso de grandes pacas de algodón.

Rendido de sueño y de fatiga Simón entrece rró los ojos y la escena se tornó más vívida. Pero ya no eran solamente obreros, sino que también había labriegos. Al fondo extendíase una llanura espaciosa, inconmensurable. Aquel cordón humano era tan largo, que de un extremo a otro no tenía fin. Parecía como si un hálito maldito los fuese empujando hacia adelante. Algunos

rodaban en el polvo; los demás, sin hacer caso, pasaban sobre los que caían. Simón, repentinamente, vio que marchaba al lado de “ellos”. “Al cabo estoy soñando”, pensó para tranquilizarse. Y, en efecto, se tranquilizó. En un principio caminó con asombrosa ligereza; pero hubo un momento en que sintió que las fuerzas lo abandonaban, y sus piernas comenzaron a flaquear. “¡Al cabo estoy soñando!”... La voz, sin embargo, parecía falsa, y hasta acabó por opacarse.

“¡Voy a rodar como los demás, y nunca más me levantaré! ¡Yo no quiero ir!... ¡Socorro!”.

Las palabras pugnaban por escaparse de la boca; pero se ahogaban en débiles sollozos. Una ansia horrorosa le oprimía el corazón, y en vano hacía esfuerzos desesperados por tenerse en pie.

Al fin, rodó por tierra. Un hombre de talla corpulenta le puso un pie en el pecho, presto a pasar encima. Entonces Simón reconcentró sus energías, hizo un esfuerzo inaudito, sobre-

humano, y movió las piernas; pero en lugar de enderezarse, despertó.

—¡Demonio de Evaristo!, ¡quita de aquí las patas!

—¡Qué sucede!...

—¿Tú no has caído todavía?

—¡No he caído dónde!...

—¡Ah!, vaya. ¡Qué pesadilla tan horrible!

Al frente, dos hombres arrebujados en mantas de lana murmuraban, de hinojos, sus rezos junto al cadáver de la soldadera. Sus siluetas encorvadas e inmóviles se destacaban contra la luz difusa y temblorosa de dos velitas de cera.

El cuadro, conmovedor y sencillo al mismo tiempo, tenía la simplicidad primitiva de esos retablos populares, que adornan nuestras capillas de villorrio.

II

Por fin, quiso Dios que amaneciera. Allá en oriente brotó una claridad incierta. Las nubes, primero negras, paulatinamente se fueron tornando de un violeta oscuro, para bañarse después en las tintas de un vivo carmesí. Finalmente se volvieron doradas, y entonces asomó el sol. Las montañas, los árboles, las casas tenían contornos anaranjados, y los charcos del agua llovediza espejeaban las maravillas del celaje. 25

—Arriba, muchachos; hay que meterse al pueblo antes de que vengan las tropas del gobierno y no nos dejen conseguir un pan.

Las órdenes se iban dando entre gruñidos e insolencias, y la tropa respondía de igual manera. Esto significaba que, en el fondo, tanto jefes como subordinados se veían como hermanos.

Dos reclutas cavaron una fosa, y otros dos se encargaron de enterrar a la mujer muerta el día anterior.

26

Alguna oración breve... y adelante.

Sólo a la luz del día se podía mirar aquella gente en plena apoteosis de miseria. Las caras terrosas y amojamadas, los ojos hundidos por las fatigas y el hambre, mirando desolados y vagos en la lejanía.

Simón, entre Santiago y Evaristo, contaba muy impresionado su sueño.

—¿Qué significaría aquello?

Evaristo se encogió de hombros.

Santiago pidió que repitiera algunos pasajes.

—Es de buen agüero, prorrumpió cuando ya casi sus compañeros se habían olvidado del asunto. Significa que debemos seguir “dándole”.

Evaristo se destapó a carcajadas.

—Si en eso consiste el buen agüero, anda y muele a tu... con tu agüero.

Santiago, muy a su pesar, no pudo proseguir porque las risas de los demás se lo impidieron.

A las ocho habían llegado al zócalo del desmedrado pueblecillo. Magaña mandó que se buscaran comestibles. Tarea inútil. Todas las tiendas cerradas, y los vecinos como si se hubieran puesto de acuerdo se hicieron sordos y se negaron a vender comida.

27

—¡Malagradecidos!, por ellos andamos arriesgando el cuero, y no son siquiera para darnos un taco.

—No es que nos falte voluntad, mi jefe —dijo una arriero, aproximándose, y como con temor de ser oído—. Hace ocho días vinieron soldados del gobierno y como supieran que unos vecinos habían auxiliado a dos pobres agraristas, el jefe mandó aprehender a la familia. Sólo de milagro pudieron escaparse la mujer y el hijo. Al marido, después lo agarraron y lo colgaron al salir del pueblo. Usted lo podrá ver cuando se vaya, al lado de otro hombre ahorcado hace dos

meses, nomás por meras sospechas... Ni quien se atreva a bajar los cadáveres... ¡Todos están escamados!...

28

El hombre reflexionó un momento.

—Sígame acá, jefe.

Magaña siguió al arriero, hasta que éste se detuvo en una esquina.

—Esta es la tienda de los hermanos Zaragoza. Unos bandidos que han hecho su capital explotando al pueblo, y son muy adictos a Carranza. Anoche se fueron porque alguien les dio la noticia de que ustedes venían.

—¡Capitán Fragoso, muchachos!...

Un tropel de hombres haraposos acudió al instante.

—Vosotros sabéis perfectamente que la gente de Zapata no roba... más que cuando hay necesidad imperiosa de ello. Los dueños de esta tienda han huido de miedo, y porque tienen motivos sobrados para hacerlo... Estáis en completa libertad.

No fue necesario insinuar de nuevo. La chusma, por toda respuesta, rompió a balazos las chapas de las puertas, y en un momento empezaron a salir grandes sacos repletos de harina, frijol y maíz. Cajas de galletas y latas de salmón y de sardina.

29

Unos comían las galletas a puñados, casi tragándolas enteras. Otros destapaban limonadas, y los de más allá abrían con cuchillos o con lo que podían, latas de pescado.

El soldado con mal del pinto, que no tenía más ropas que unos pantalones hechos tiras, hurgó con tales ansias un bote de salmón, que casi se rebanó un dedo.

—No habíamos dado con lo bueno —canturreó Evaristo, sacando con aire de triunfo una brazada de botellas de jerez y vino tinto.

—Aviéntanos una por acá.

—Tomaos el trabajo de ir a la trastienda. Allí hay hasta para tirar.

Santiago y Simón, cargados con tortas de pan frío y marquetas de queso, siguieron a Evaristo hasta una de las bancas del zócalo.

30 Comieron y bebieron a reventar, y luego tiráronse a dormir. Una hora después despertaron a los gritos de alarma de la tropa:

—¡Sálvese el que pueda, los carrancistas a la espalda!

Hombres y mujeres cargaron con lo que pudieron y corrieron a escape.

—¡Nadie dispara un tiro sin mi orden! —gritó Magaña, a voz en cuello.

Evaristo, Santiago, Simón y ocho soldados más, iban cuidando la espalda al jefe con los 30-30 preparados.

Pronto dejaron las últimas casas del poblado.

Ya en pleno llano, y a la derecha del camino, descubrieron un árbol torcido y desmedrado.

Dos cadáveres pendían de entre las ramas. Los fugitivos se detuvieron un momento.

—¡Carrancistas felones!... sólo ellos podían ser.

—¡Y así se admiran de nosotros!

Un cadáver desnudo, ennegrecido, oscilaba lentamente mientras las moscas zumbaban en torno a la cabeza calva y descarnada. Las fuerzas leales habían hecho gala de una crueldad inaudita: sujeta a los pies colgaba una piedra enorme, y además el calzado y la ropa de la víctima. 31

El otro ahorcado era más reciente. El cuerpo tímido, macabro, despedía un olor nauseabundo. Sobre el pecho tenía una mancha de sangre coagulada, como un pegote de petróleo crudo.

El coronel movió la cabeza consternado y con los ojos enrojecidos.

—¡Vamos allá... muchachos!...

Y una mano nervuda, poderosa, señaló la azul y remota lejanía.

III

Desde la áspera cresta de una loma, la aldea morelense con sus casucas diseminadas aquí y allá. Luego los campos labrantíos en el más completo estado de abandono. Para colmo de males, ni un hilito de humo entre el grupo miserable de chozas.

33

Santiago tuvo un presentimiento: “Mi mujer y mis hijos se están muriendo de hambre”. Buscó en su bolsa de yute. Halló algunos panes y medio queso añejo que venía guardando desde el día del saqueo en el pueblo de “M...”

Evaristo, igualmente preocupado.

—Quisiera llevarles algo más. Esto de no tener es de los diablos... Pero sólo que les dé el corazón.

Su cuerpo alto y musculoso avanzaba a grandes zancadas, levantando los pies como azadones.

Simón, como de costumbre, ni chistaba. Lo único que tal vez le tenía preocupado era estar bajo techo, comerse el poco pan que le quedaba, y un pedazo de chorizo que traía en el seno. En seguida... dormir. Después de una jornada de cuarenta leguas en dos días, no se desea otra cosa.

Siguieron por un camino orillado de sabinos. Al poco tiempo apareció una choza. Luego otra. Dos campesinos charlaban junto a la puerta de un redil. Había una completa armonía entre las casas de adobe y techo de zacate, y aquellos rostros color tierra, rematados por el mugriento sombrero de palma.

—¡Evaristo!

—¡Santiago!

Nada de frases efusivas ni de cumplimientos. ¿Para qué? Evaristo, simple y sencillamente alargó su mano. Simón apenas esbozó un saludo. Santiago fue directamente a buscar a su mujer, y la encontró atareada en poner el fuego.

—No te molestes, Séfora. Para lo que traigo no se necesita lumbre.

Séfora alzó su rostro demacrado y flaco, y preguntó si “en caridad de Dios” traía comida.

Santiago vació su bolsa en el camastro, y los ojos de la mujer brillaron. Iba a coger un pan; pero se detuvo.

—Esperaré a que venga Lina.

Lina llegó con una brazada de barañas. Era una endeble muchacha de doce años, cuyo cuerpo apenas si estaba cubierto de cintura a abajo. Lo demás, brazos y pecho, casi a la intemperie.

—¿Y Félix?

La mujer señaló un rincón. Allí, entre la húmeda penumbra, había acurrucada una extraña criatura de cuerpo diminuto y cabeza desmesuradamente grande. De la boca enorme, entreabierta, salía un grueso hilo de baba. Cumplidos los nueve años, no podía aún articular palabra.

—Alma mía de mi hijo... Lo tuve que amarrar. Como en muchos días no probamos bo-

cado, dio en la idea de ir al chiquero. Lo sorprendí comiendo porquerías...

36 Santiago no pudo contenerse por más tiempo, y se puso a llorar amargamente.

—También a nosotros nos ha ido de los perros, Séfora. Vamos muy escasos de parque, y cada encuentro con los de Carranza nos cuesta un ojo de la cara.

—¿Y no hay esperanzas de que acabe esto?

—Sí, el día que nos maten a todos.

—Pero eso no puede ser —repuso Séfora, hecha también un mar de lágrimas. Y comenzó a hipar dolorosamente.

—¿Puedo coger un pedazo de pan con queso, papá? —preguntó Lina, muy apurada, señalando el camastro.

—Tómalo, y le das a tu hermano.

—Entonces, ¿lo desamarro?

—Sí, desamárralo.

El idiota articuló algo ininteligible y se puso a manotear de gusto.

—¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!...

Una mano pequeña, espantosamente pequeña, se agitaba como un pedazo de piltrafa.

—Ven por acá, Felitos. Mira, papá nos trajo pan... Ahora vamos a comer bueno. ¡Quieto!... Te voy a desatar. 37

La voz silvestre y ladina de la niña tarareó una tonadilla:

Tra-lará... lará...

Pan y queso, pan y queso...

Tra-lará... lará...

¡Y ay qué bueno!,

¡y ay qué bueno!...

Mi papá lo trajo,

para que solitos

nos lo comiéramos.

Tra-lará... lará...

Deshecho el nudo, Félix se fue enderezando torpemente, y pretendió avanzar algunos

pasos. Imposible. La cabeza le pesaba demasiado, y Lina tuvo que ayudarlo.

38 —Dame acá la mano... Una carrerita, otra carrerita... Ahora sí, ¡a comer!

Ya en la puerta del jonuco podía mirarse el rostro simiesco, acartonado en las mejillas desnutridas, y unos ojos saltones, enormes, como los de un pichón recién nacido... La baba daba un aspecto blando y gelatinoso al labio inferior, y a fuerza de estancarse en la barbilla, había hecho una llaga.

—¿Quieres que te dé un pedazo?

—Ua, úa, úa...

—El más grande para ti.

—Ua, úa, úa...

—Luego nos vamos a jugar con piedrecitas al corral... Pero no hay que comer eso... ¡Fuchi!, ¡fuchi!... ¡Arrojarás un animal como el del otro día!...

—¡Uá!, asintió el idiota.

Y sonrió.

Santiago, entristecido, miraba a su hijo con una mezcla de lástima y horror al mismo tiempo.

—“¡Un castigo de Dios, un castigo de Dios! ¡Es que de veras nos lo merecemos!”.

39

—¿En qué estás pensando ahora?

—¡Si de una vez se muriera!

—¿Si se muriera quién?...

—¡Ah!..., eres tú, Séfora...¿Me decías que qué?

—Hablabas de que alguien debía morir.

—Una mala ocurrencia, hija...

—¿Por qué no te quedas con nosotros?

—No puedo... Hoy mismo, antes de ponerse el sol, tendremos que reunirnos a la gente de Eufemio Zapata.

Santiago tomó un cantarillo de agua, y comenzó a beber a sorbos lentos. Tres, cuatro tragos... ¡Aquello era tan fresco y agradable! ¡Parecía que hasta la vista se aclaraba! Pero el agua, demasiado fría, acabó por entumecerle las quijadas, y algo como un hormigueo le subió por las

mejillas, hasta causarle una aguda punzada en los ojos. En seguida un vahído, y unas manchas rojas, verdes, violáceas, lo cegaban, oscureciéndolo todo en rededor. Una última mancha, amarilla y enorme se disipó, y Santiago suspiró aliviado.

—Comed lo que os traje —agregó... —Volveré al rato. Quedé de ir con mi compadre Justino.

No había tal entrevista con el compadre Justino ni mucho menos. Lo que sucedía era que Santiago huía del horror de su casa... y salió, profundamente contristado.

Tras un alto cerco de piedra, media docena de rancheros charlaban en torno a una gran cazuela, llena de semillas de calabaza tostadas.

—¡Miren quién está allí!

—¡Arrímate con nosotros, Tiago!

—Sí, será mejor —pensó éste. Abrió una vieja puerta de palos carcomidos y entró al corral de don Justino.

—¿Gustas comer semillas?

—Gracias, a lo mejor vamos a correr como perros, con tanta lengua de fuera, y con eso da mucha sed... ¡Compadre Justino!

—¡Ah!, ¡qué mi compadre Tiago! Siéntese conmigo, hombre. Cuéntenos cómo les ha ido. ¿Quién es el amigo que vino con ustedes?

—Uno de Tlaxcala, que se llama Simón, y hace quince días que anda con nosotros. Es buen hombre... y no va a morirse pronto, mírenlo. Viene allí con Evaristo.

Los aludidos se acercaban con grandes ollas de pulque.

—Nos van a convidar “babita”, ¿verdad?

—¡Está claro! La traemos para los buenos amigos!

Evaristo se tornó solemne:

—Tengo el honor de presentar a ustedes a Simón Gutiérrez. Uno de esos amigos que rara vez se encuentran. Véanlo con la misma confianza que si se tratara de mí... por ejemplo. Al igual que nosotros, se anda jugando el pellejo por “la causa”.

—Ya no me digas más —interrumpió Fidel, un campesino de cara inocentona y largos bigotes abundosos—. Si pelea por “la causa”, es nuestro hermano...

Un fuerte abrazo vino a patentizar el reconocimiento por el nuevo amigo. A continuación, como era de esperarse, acabó de celebrarse un acto tan solemne con las consiguientes libaciones de pulque.

Don Justino levantó una olla:

—Por el triunfo de los agraristas, y porque Dios conceda larga vida a don Emiliano.

Don Fidel hizo lo mismo y se saboreó muy satisfecho.

—¡Caramba!, ¡qué buena está la “babita”!

De cada guía del bigote, colgábale un hilillo del líquido turbio y espeso.

Las ollas fueron pasando de boca en boca hasta quedar completamente exhaustas.

—Ahora —habló Evaristo—, pónganos al tanto de lo que ha sucedido por aquí.

—Como siempre —repuso don Justino—, el pescado grande comiéndose al chico. Ningu- no ignora que estas tierras son propiedad exclusiva del pueblo. Lo de las escrituras de Sabás González, resultó lo que ya sospechábamos: una combinación bien hecha con las autoridades, las cuales el día menos pensado nos echaron encima a los soldados. ¡Lástima de cosecha tan bonita! No logramos un grano de maíz. Zapata nos mandó decir que no desanimáramos. Y al principiar este año tuvimos carabinas y parque...

—Pero también tuvimos la vigilancia de las autoridades —añadió un anciano indígena, enjuto de carnes y calva morena y relumbrosa. ¡Quién va a luchar contra esa gente! Ahora, lo que hemos decidido es aguardar.

—Es cierto... ¡aguardar! De nada serviría sembrar, para que otros se aprovechen.

—Pues quién sabe —exclamó muy pensativo Evaristo—, en lo que irá a parar tanta desgracia. Lo cierto es que nosotros nos vemos cada día

más amagados... Huyendo de aquí para allá, y sacándole el bulto a la muerte. No transcurre una semana sin que no perdamos a cuatro o cinco de los nuestros.

—Sí... quién sabe... —repitió Santiago trazando figuras en la arena, con una caña de rastrojo.

Simón, distraídamente, mascaba cáscaras de semillas tostadas.

—Coja de la cazuela, amigo.

Simón sonrió con una sonrisa incolora y boba.

—No... si nomás estaba...

Y todos guardaron un largo y profundo silencio.

Don Justino tuvo una idea que a los demás les pareció casi divina. ¡Matar el último marraño que le quedaba en el chiquero!

—¡Al pelo!, eso quiere decir que habrá chicharrones.

—Ahora lo quiero más, compadrito Justino...

Un labriego rechoncho y menudito, llamado Nemesio, se acomidió a hacer el sacrificio.

Evaristo sacó al animal de la pocilga; pero una vez fuera, el cochino clavó las patas en la tierra, y no hubo manera de hacerlo caminar un palmo. Pedradas y empellones resultaban inútiles.

—Pareces puerco —exclamó Evaristo, riendo, hasta tentarse el vientre.

Nemesio cogió al cerdo por una pata, jaló vigorosamente, y el animal rodó panza arriba. El cuchillo brilló instantáneamente.

Largos, agudos, ensordecedores, los gruñidos fueron disminuyendo poco a poco, hasta apagarse en un ronquido débil.

Entonces la cabeza del cerdo enseñó los colmillos, y tomó esa expresión peculiar de trágica ironía, que parece mofarse de la crueldad de los hombres.

Caras hambrientas, descoloridas, empezaron a parecer en el corral.

—Don Justino, dice mi madre que si no puede fiarle medio kilo de pierna. Que pasado mañana se lo paga.

—Don Justino, que si nos hace el favor de darnos tantita carne a cambio de una medida de maíz.

46 —Don Justino, que si no presta un kilo de espinazo, mientras mi tío mata su marrano.

—No puedo fiar, ni cambiar ni prestar a nadie. Esa es la pura verdad. Maté el cochinito porque estos hombres andan de camino. Pero daré a cada uno lo que pueda...

Dicho y hecho.

Medio marrano para los conocidos, y medio para los compañeros agraristas.

Trozos de carne por aquí, bofes y tripas por acá, y en término de dos horas los chicharrones dorados, suaves, humeantes, envueltos en tortillas calientes.

En seguida, más pulque. Don Fidel, completamente ebrio, lloraba a lágrima viva y hacía votos de amistad eterna a Santiago.

Evaristo, que en sus ratos de ocio era un algo músico y poeta a la vez, improvisó el “Co-

rrido de Simón Gutiérrez”, relatando las aventuras de éste, desde el día en que lo abandonara la mujer:

Por ti, mujer desalmada,
me he dado a la perdición.
Prefiero morir de un tiro
a morir por tu traición.
Ya con ésta me despido;
señores, digan su adiós,
a un pobre desventurado
que fue a la revolución.

■ ■ ■ ■

Pardea la tarde. Por la meseta desierta y pedregosa, el cordón de campesinos astrosos, macilentos, con la ropa de manta hecha jirones.

Las soldaderas atrás, caminando casi automáticamente. Los rostros inmutables que ya no expresan ni emoción ni ansia.

Simón, una vez más, recordó la extraña visión de su sueño. De idéntica manera iban caminando aquellas sombras enigmáticas... ¿A dónde irían? ¿En qué iba a parar tanta manzanza? Y por más que se torturaba el cerebro, la respuesta no surgía por ningún lado.

Primero descendieron por una cuesta empinada. Grandes peñascos grises y porosos ponían su nota lúgubre, desoladora, en la tristeza del paisaje. Luego, un extenso valle rodeado de montañas teñidas de un morado opaco, vago, triste, cuyos contornos casi se confundían con el color ambiguo del cielo. Después, una extensa polvareda hacia el poniente.

—¡La gente de Eufemio Zapata!

—¡Vamos a encontrarlos!

Por fin iban a luchar unidos. Eso quería decir menos sufrimientos y menos penalidades. No era tan fácil para los carrancistas derrotar a un número ya considerable de hombres.

“Es raro —reflexionó Evaristo, quien la mayoría de las veces solía mostrarse desconfiado—; pero no es éste precisamente el lugar donde quedamos de reunirnos...”.

—¡Oigan!... ¡No!, ¡no!... Si yo lo recuerdo perfectamente. El hombre que mandó don Eufemio dijo que entre cinco y seis, detrás del rancho de los Espinosa... Así como suena.

—¡Cállate el hocico, estúpido! —respondió un individuo alto y flaco; extraña mezcla de pigmento caucásico y facciones inconfundibles de aborigen. Tenía el grado de teniente, y de él se contaban anécdotas casi absurdas... —¿No podían salirnos al encuentro? Así nos juntaremos más pronto... ¡Cabezota de cántaro! —agregó ya en tono de broma. Pero algo falso y repulsivo había en la sonrisa de aquellos labios blanquizcos y abultados, que desde luego repelía.

—Pues ojalá y no suceda una desgracia...

La gente, sin reparar en ello, iba caminando más de prisa, a excepción de una soldadera an-

ciana que venía al último y que padecía reumas. El cuerpo gordiflón, aguado, era una bolsa dividida en tres: los senos como dos grandes ampollas amarillas, un vientre colgante y flácido, formándole una doble papada repugnante.

Pero al poco tiempo Magaña se detuvo bruscamente, y dio órdenes de que no se avanzara un paso más.

—¡Por vida de!... ¡Son los carrancistas!

Pareció como si una mano invisible hubiese puesto una pincelada verde en todos los semblantes.

—¡Y son muchos, mi coronel!, dijo el capitán Fragoso, poniéndose una mano encima de los ojos.

—Desparrámense todos, y contesten el fuego en retirada.

Súbitamente la nube de polvo se hizo más espesa, y se alcanzó a oír el galopar de los caballos.

Las mujeres huyeron despavoridas a los lados, y los hombres se acomodaron detrás de los

breñales y las protuberancias del terreno. Las primeras detonaciones fueron aisladas; pero luego se desató un nutrido tiroteo.

—¡Viva el presidente Carranza!

—¡Viva Pablo González!

—¡Mueran los bandidos!

Una ametralladora comenzó a disparar furiosamente. Era el seco y nutrido repiqueteo de una matraca.

Los caballos, en carrera desenfrenada, se iban aproximando por instantes.

En el lado opuesto, el humo de la fusilería simulaba diminutas, dispersas polvaredas.

—¿No tienes bala, hermano? ¡Allá te va una!

—¡Guárdasela mejor a tu familia!

—De todos modos... ¡Toma!

—¡Bandidos, correlones!

—¿Y ustedes, qué hacen? ¡Lamerle las botas a Carranza!

—¡Carranza es su padre!

—¡Padre de los puercos!

—¡Entonces, tú serás puerco!

52 Magaña se echó el rifle al hombro e hizo cuatro disparos consecutivos. “¿Habré tumbado a alguno?” —díjose—. “Con este terregal de los infiernos, quién es capaz de averiguarlo!...”.

Pero en seguida dejó caer el arma, dio un gran salto con los brazos en alto y se desplomó boca abajo. En un esfuerzo supremo quiso incorporarse. No logró, sin embargo, más que volver la cara llena de tierra y sangre. Luego una niebla espesa le envolvió el cerebro, y los ojos se le fueron empañando lentamente. Si acaso, como una última impresión, un pedazo de cielo azul y transparente, y una brizna de hierba que se le fue a posar sobre la barba.

IV

Pálido, desquijarado, sudoroso. Simón, en una pequeña hondonada apenas se atreve a respirar. A poca distancia... Santiago, en cuclillas, contempla, azorado, la copa de su sombrero apor-tillada. Los 30-30 a un lado, y maldito para lo que sirven. No queda un solo cartucho. 53

—¿Y Evaristo?

—Aquí estoy.

—¡Con setenta mil demonios, creo que por esta vez no se escaparon ni las viejas!

—Ni Dios Padre se hubiera escapado ahora.

—Vamos saliendo de aquí.

—¿Estás loco o no se te baja el pulque todavía? Nos matarán a los tres en un momento.

Optaron por esperar hasta en la noche, no sin ocultar, como medida precautoria, los rifles en una zanja contigua, cubriéndola luego con un manojo de yerbajos.

Al brillar las primeras estrellas, por fin se resolvieron a salir. Lo hicieron cuidadosamente, agazapándose detrás de los arbustos, y procurando captar hasta el ruido o murmullo más leve.

Pero el camino acabó por parecer interminable. Habían cruzado el valle, y era ahora una multitud de pequeñas colinas, de rocas erizadas o espesos matorrales, lo que a menudo interceptaba el paso.

Simón avanzaba fatigosamente, y Santiago cojeaba con frecuencia. Una pisada en falso en algo que él creyó un manchón de yerba, y resultó un agujero. El pie izquierdo le dolía terriblemente.

—Si no puedes seguir, te cargaré.

—¿Qué quieres decir con eso, Evaristo?

—No te incomodes, hermano. Lo hago porque es necesario caminar de prisa... Entiendo que no estamos muy lejos de la casa de tío Crescencio Ramos... Cuestión de dar con la vereda... Allá podremos esperar a que amanezca...

—¡Ah! sí... ¡Pasar la noche bajo techo! ¡Olvidar unas horas las fatigas del día, beber un jarro de agua! ¡Sobre todo, dormir!...

Santiago hasta acabó por reanimarse.

—No es cosa de cuidado... Un nervio torcido, y nada más. Ustedes dos adelántense y a mí, déjenme... Los seguiré como yo pueda. Siento, en verdad, que voy de alivio y esto ya no duele mucho...

Animado ante la idea de un largo y próximo reposo, Santiago se adelantó a sus compañeros. A intervalos deteníase y tomaba aliento. Luego daba un trotecito.

—¿Crees que alcanzaremos a llegar?

—Lo creo...

Pero iban sin ruta definida, vagando al azar, entre zarzales que martirizaban los pies y hacían sangrar las manos. Simón comenzó a desesperarse. ¿Dónde, por fin, quedaría la casa del dichoso tío? A punto fijo, ni el propio Evaristo lo sabía.

Cosa en realidad inexplicable, sentíase atur-
dido, incapaz de coordinar sus ideas. Algo bu-
llía obstinadamente en su cerebro. Era el recuer-
do de Eulalia, su mujer: “¡Virgen Santísima del
Refugio, Señor Mueve Corazones, que me lo de-
vuelvan vivo!” y la voz de Cuco, su hijo: “Yo,
tata, quielo unos tilos de pistola”.

Si hubiese habido luna, un tramo de labor,
un jacalito, la posición de un cerro; cualquier
detalle, por pequeño e insignificante que fuese,
le habría permitido orientarse. Pero con una
noche así... ¡El campo es tan parecido donde
quiera!

Tres kilómetros más de marcha torturadora
y agobiante, una masa compacta de árboles, y,
de pronto, una voz que les pareció una explo-
sión de bomba, los dejó inmóviles y fríos:

—Alto allí... ¡Quién vive!

—¡México! —se apresuró a responder Eva-
risto, y un pensamiento tomó forma con toda
precisión en su cerebro: “¡Caímos presos!”

—¡Qué gente!

—Pacífica.

—¿De dónde vienen ustedes? —interrogó
un oficial de uniforme claro, ajustadas polainas,
y ancha venda blanca en la cabeza. Traía una
lámpara eléctrica en la mano.

—De Cuernavaca.

—¡Hum... hum!... de Cuernavaca, ¿eh?

—Sí, señor.

—Eso lo van a averiguar adentro.

Evaristo apretó el mango de su daga; pero
tuvo que desistir de su intento. Cinco o seis hom-
bres más, se aproximaban.

—¡Vamos!, prontito. Allá con el mayor Or-
doñez. Traidores tales por cuales. Ya se me con-
cederá ver a vuestro jefe colgado en el zócalo
de Cuernavaca, y con un letrero en la barriga:
“Fusilado por ladrón”.

—Pero es que nosotros no somos zapatistas.

—No son zapatistas, ¿eh? Y entonces, ¿qué
andan haciendo por aquí? Seguramente que ca-

zando tórtolas, ¿eh? Sigán por delante. Nosotros acostumbramos hacer un regalo muy bonito a los bandidos.

58 Evaristo y Santiago tuvieron que caminar de no muy buena gana. A Simón fue menester darle un culatazo en la espalda. El hombre, tremendamente acobardado, apenas había logrado mantenerse en pie.

Una estrecha vereda llena de hoyancos y paredones, y una casa de adobe y techumbre de teja. El oficial llamó con la parte gruesa de su fuete. Fue necesario tocar de nuevo, y adentro respondió una voz enronquecida:

—¡Qué demonios quieren!

—Tres zapatistas que cogimos presos, mi jefe.

—Bueno, debieron haberlos despachado luego. No los van a guardar para reliquia.

—Pero es que ellos nos pueden dar informes, y además alegan ser pacíficos.

—¡Con mil de a caballo!, no se puede descansar aquí. Un momento, voy a ponerme los zapatos.

Se oyó un ruido metálico de espuelas, rechinó la puerta apolillada, y apareció una cara morena, cuadrada, y unos ojos hinchados por el sueño.

—A ver, ¿dónde están los prisioneros?

59

Simón, Evaristo y Santiago entraron en compañía del oficial y tres soldados más. El cuarto era sucio, destartalado; no tenía más muebles que un fogón de cuatro piedras, y una ancha estera de palma sobre el suelo. En la estera dormía la mujer del mayor Ordóñez. No se alcanzaba a distinguir más que la curva formidable de las posaderas, y un mechón de cabellos negros saliendo fuera de las mantas. En la pared ardía, pegada a un grueso clavo de hierro, una vela de estearina. Todo daba señales evidentes de que los infelices moradores de la choza habían sido las víctimas expiatorias.

—Conque a ver, a ver, ¿quiénes son ustedes?

—Somos gente pacífica, mi mayor.

Aquel “mi mayor”, dicho en un tono algo servil, y por lo mismo demasiado familiar, no

60 hizo más que aumentar las sospechas. Ordóñez frunció el ceño y lanzó una mirada escrutadora. Encendió un cigarro; pero antes de arrojar el fósforo vio algo redondo y ligeramente oscuro prendido a la blusa de Santiago. No había manera de equivocarse, porque la efigie era sobradamente conocida.

—¿Y ese retrato de Zapata?

—Es... es... Pues verá usted, mi jefe... es...

—A mí no traten de tomarme el pelo. No soy ningún niño chiquito. Pueda ser que ustedes se me escapen, siempre que sean razonables, y me den alguna noticia de Eufemio Zapata. Habían quedado de encontrarse esta tarde, ¿no es cierto?

Los prisioneros no contestaron palabra.

—¿No saben ustedes nada de eso?

—No sabemos nada —repuso Evaristo secamente; pero se desconcertó en el mismo instante, y por sus ojos pasó la opaca llama de la mentira, que supo disimular con un parpadeo rapidísimo—. Nosotros veníamos...

—Es inútil, mi mayor —interrumpió el oficial de la cabeza vendada—. Primero los matan que sacarles la verdad... Ya me ha sucedido.

—Oíganlo bien, muchachos. Si no procuran desembuchar lo que saben, no tengo más remedio que fusilarlos. Y eso no me gusta... Yo cumpla con acatar órdenes superiores, y eso es todo.

En estos momentos Simón comenzó a temblar cual si sufriese fríos palúdicos, y estuvo a punto de soltar la lengua. No obstante, una mirada significativa de Evaristo lo hizo enmudecer y bajar la cabeza.

—¡Miren ustedes, zopencos, que ya me están colmando la paciencia! ¿Hablan o no hablan? ¡Por última vez!

—Es todo lo que podemos decir, jefe. Nada sabemos.

—¡Baaah!... Muy bien... teniente, llévese usted a los prisioneros, y mañana temprano me los liquida... Ya sabe usted el procedimiento.

—Muy bien, jefe.

—No es por demás recomendarle, que si estos hombres se le escapan, usted con su pellejo me responde.

62 El oficial juntó los talones, saludó militarmente, y, rígido como un poste dio un flanco derecho.

Salió juntamente con los soldados y los prisioneros.

V

¡Qué triste, en verdad, es aguardar en vela la claridad del nuevo día, bajar al hoyo para siempre... y pudrirse!

Santiago, atejonado en el rincón más oscuro del machero que servía de cárcel permanecía abstraído y silencioso.

Simón, decaído, aniquilado, dormitaba a ratos; pero de improviso despertaba sobresaltado, como si rodara desde una montaña empinadísima, descendiendo de pronto a un precipicio sin fondo. Martina se le había aparecido en sueños. El cuerpo desnudo, grotescamente abultado en los pechos y en el vientre. El rostro embadurnado, tieso de pintura hasta inmovilizarse en una sonrisa despiadada y cínica. A intervalos le movía el dedo índice como se hace, en son de burla, ante los niños pequeños:

—Te van a fusilar, Simón, te van a fusilar...
¡Me alegro!

Cuando no, era un ferrocarrilero de cara tiznada, bigotes desaliñados, enormes, absurdos. En seguida un viaje fantástico en ferrocarril. Simón iba sobre el techo de un furgón de carga. El tren caminaba con un estruendo ensordecedor de latigazos metálicos: “Tácata, tácata, tácata”...

La máquina, negra y furiosa como un monstruo endemoniado, corría lanzando aullidos pavorosos. Simón de repente perdía el equilibrio, daba una voltereta en el aire, ¡y al suelo!... En el preciso momento del choque, sus ojos se abrían desmesurados. Nada. La noche clara, tranquila, y el lejano fulgor de las estrellas. Los centinelas de vista que paseaban con el fusil al hombro, y a un lado la silueta de Evaristo con sus espaldas encorvadas e inmóviles.

—Evaristo, Evaristo, ¿dónde estamos? Siempre nos van a fusilar, ¿verdad?

—A conformarse con la voluntad del cielo... Seguro que ya nos tocaría —murmuró

Santiago persignándose, y ofreció los últimos cigarros que guardaba.

Evaristo frotó un fósforo y encendió. Tres globillos brillantes, rojizos, trazaban semicírculos regulares en la oscuridad.

—Hubiéramos dicho una mentira cualquiera, Evaristo.

—No pasábamos de sacarnos la misma... Si hablas, te matan, y si no, también. Además, yo creo que no por gusto nos metimos...

—¡Tanto batallar y batallar... para venir a parar en esto! Así es la suerte.

—Algún día le había de tocar a uno la de malas.

—Pero los hijos no se pueden dejar así...

—¡Hum!... ¡y a cuántos infelices no les habrá sucedido igual!...

—Oye, ¿y si...?

—¿Qué?

—Te decía yo que si podíamos...

—Cuando tú vengas yo ya fui... Pero estamos rodeados... No podemos escapar.

—¿Por qué lloras, hermano? —preguntó Santiago aproximándose a Simón—. ¡Mejor!, se acabará todo. Tarde que temprano nos tenía que suceder... Es verdad que me hubiera gustado más morir como los hombres, matando cuando menos una docena de esos... Pero si uno fuera a morir a su gusto... Pero no llores, hombre. De todos modos...

—¡Alabada sea la Virgen, hermano!... ¡Qué miedo te cargas! Vete hasta el rincón del corral. ¡Hueles a diablo! —interrumpió Evaristo oprimiéndose la nariz entre los dedos.

—Ven por acá... vamos, ¡arriba! Estás “re-tieso” —clamó Santiago haciendo esfuerzos por levantar de los sobacos a Simón. Éste tenía las piernas agarrotadas y su cuerpo pesaba como un plomo. De súbito le acometió un temblor tan fuerte, que sus dientes chocaron como castañuelas.

—Déjalo —dijo Evaristo impaciente—. Un trago de aguardiente lo pondría bien... Pero ¡Jesús! ¡qué frías tienes las manos!... ¡Un trago, un trago!...

—¿Y aquí de dónde lo vamos a coger?

—El pobre está como un hielo... ¡nomás tiente!

—¡Hermanos, hermanos!, un trago de aguardiente por favor. Nada pierden con eso. ¡Dios se los pagará!

Dos siluetas humanas detuviéronse frente a la entrada del machero.

—Un poquito de aguardiente, señores —suplicó Evaristo acercándose resueltamente—. Un compañero está enfermo. Es favor que les pido...

—¿No te lo irás a beber tú? —interrogó una voz brusca; pero que sin embargo dejaba traslucir piedad.

—No, señor, yo no lo necesito. Mi compañero que está enfermo...

—¿Por qué los agarraron a ustedes?

—Por sospechas...

La misma sombra se movió ligeramente y alargó una botella.

—Tiene ya poco, quédate con todo.

—Que Dios se lo pague, señor.

68 Simón permanecía encogido y con la cabeza entre las manos. Evaristo tuvo que enderezarlo casi a viva fuerza, y al débil claror de las estrellas vio un rostro inexpresivo, cadavérico, de ojos que parecían dos cuencas negras.

“Chin... cheros...”, pensó estremeciéndose y sintiendo que un frío desconocido y sobrenatural le corría por la espalda. “Así vamos a quedar seguramente...”

—Ándale, hermano, un traguito; otro, otro... así... Con eso basta,... no lo tires... ¡Ahora tú, Santiago!...

Santiago bebió un poco, y Evaristo se conformó con el resto. Algo que apenas humedeció sus labios resecaos y febriles.

■ ■ ■ ■

A las cuatro de la madrugada, se oyó un rumor extraño que probablemente venía del campamento constitucionalista.

“Es un rato amargo —pensó Evaristo— que pronto pasará. Un temblor de corvas, una descarga, y allí se acabó Mundo. Si en la otra vida hay Infierno, como lo asegura el cura de mi pueblo, a mí me quemarán con leña verde, porque he sido muy malo”.

 69

Su oído alerta y atento no tardó en percibir un rumor de pasos que se aproximaba. El ruido era acompasado y uniforme, parecía el de una escolta de soldados en marcha. “Vienen por nosotros de seguro”. Pero el rumor de pronto fue disminuyendo, y nuevamente reinó el silencio en torno.

En este momento pensó en su mujer, en su hijo de cuatro años, y el corazón se le oprimió angustiosamente.

“Van a quedar solos... ¿Y yo? ¡A que me coman los gusanos!..., a pudrirme como un perro a medio campo”.

Impensadamente colocó una mano sobre otra, y este contacto de su misma carne lo asus-

tó. ¡Aquel cuerpo no podía ser el suyo, y si es que respiraba y se movía, sería por un milagro inexplicable!...

70 Por un segundo figurese en el negro socavón del sepulcro, y hasta creyó experimentar una vaga sensación de ahogo.

“¡A la patada con el miedo! Moriré como los buenos. ¡Ahora van a saber quién es Evaristo Ramos!...” —¿Oyeron hijos de veinte...? Van a saber quién soy yo.

Esto lo dijo casi a voz en cuello:

—¡Van a saber quién es su padre!

Y se levantó de improviso.

Y pensó que era una lástima que Emiliano Zapata, en persona, no presenciara cómo él, Evaristo Ramos, sabía morir como sólo saben morir “los hombres cabales”.

VI

La orden del mayor Ordóñez, no fue cumplida sino hasta después del medio día. 71

El retardo se debió a que el propio mayor insistió en formular preguntas y más preguntas, aunque inútilmente.

Durante sus horas los mismos prisioneros habían cavado su fosa, según las instrucciones del mayor: “Ya sabe usted el procedimiento”.

Y ese fue “el procedimiento”.

Poco antes de dar la señal de fuego, el oficial dijo:

—Son agraristas, querían su territa, ¿no es cierto? Pues ahora es cuando la van a aprovechar...

Simón, en quien un desesperado instinto de vida pudo más, echó a correr, nadie pudo saber cómo, con tres heridas en la espalda; pero un soldado le dio alcance y lo remató a machetazos.

Perseguidor y perseguido estuvieron dando vueltas alrededor de un maguey, durante un minuto de intensa expectación entre los que presenciaron aquella lucha desigual.

El soldado, enfurecido, tiraba tajos a diestra y siniestra gritando como un desaforado.

Gruesas, carnosas pencas de maguey caían sobre la yerba.

El pelotón se abstuvo de intervenir en modo alguno, con tal de proporcionarse un espectáculo divertido.

Simón se estiraba, se encogía, y daba saltos inverosímiles; pero de pronto se detuvo. Un machetazo había dado en el blanco. Con un hombro casi desprendido, y regando la tierra con su sangre, cayó de rodillas.

—¡Hermano... hermanito...! ¡No me vayas a matar!

Un segundo golpe le cortó el brazo derecho, y el tercero lo alcanzó en la cabeza. Se oyó

un ruido hueco, extraño, como cuando parten una calabaza, y el cuerpo rodó pesadamente.

Un mensajero de Pablo González llegó en el mismo instante, con órdenes de que se movilizaran las fuerzas... Había que dar una sorpresa a Eufemio en las cercanías de Cuernavaca.

■ ■ ■ ■

La sombra iba ascendiendo lentamente.

Atardecía.

Bajo la roja tragedia del ocaso, era igualmente doloroso el cuadro del hombre mutilado, y el maguey, con sus pencas vigorosas y verdes, destrozadas...

Los fusilados, de Cipriano Campos Alatorre, se terminó de editar el 21 de junio de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.



